

EN PUNTO

juicios, los terribles diálogos entre Vychinski y los acusados, y un estudio a fondo realizado por el propio Broué, objetivo dentro de la particularísima perspectiva en que el autor se sitúa, pues no hay que olvidar que Broué ha asumido enérgicamente una postura ideológica clara. Lo que en otro tiempo constituyó un auténtico trauma para la izquierda mundial, ha quedado hoy relegado a la historia en cuanto anécdota —casi todos sus protagonistas, acusadores y acusados han desaparecido ya—, pero, insistimos, su fondo, sus motivaciones, sus fines continúan constituyendo materia de discusión, a veces fundamental, y han dado origen a libros tan capitales como «Humanismo y terror», de Merleau-Ponty, en contradicción con el tan difundido —y tan controvertible— «El cero y el infinito» (o «El yogui y el comisario»), de Koestler, a agudos ensayos de Deutscher (seguramente los más certeros de cuantos han aparecido sobre el problema) y de otros, entre ellos varios del propio Pierre Broué. La temática planteada por Broué parece que se clarificó —yo diría que se confundió aún más, pero ahora me estoy refiriendo a la tesis generalmente admitida— a raíz del XX Congreso, cuando Kruschof llevó a cabo su inesperada y terrible requisitoria. Resulta obvio suponer que lo que el entonces primer secreta-

critor. Amigo personal, íntimo, de Patricio Lumumba, a él se deben los trabajos más sinceros y de mayor



autenticidad de cuantos se han publicado sobre el líder congoleño, entre ellos un libro que alcanzó en Francia

amplia difusión. Esta hermosa edición de los sonetos de Luis López Álvarez aparece ilustrada con brillantez por Guansé, y ha recibido la cuidadosa vigilancia de los que dirigen la colección. El libro de López Álvarez está compuesto, temáticamente, por tres partes claramente diferenciadas, con tres títulos elocuentes: «Tierra», «Mujer», «Absoluto». Es seguro que esta originalísima edición de la última obra de Luis López Álvarez consiga una extensa difusión entre nosotros.

EL ALUNIZAJE.—Antonio Alférez es periodista de profesión, y su reciente libro, «Los hombres alunizan» (Editorial Alameda), es el libro de un periodista. Por supuesto que la palabra

no va cargada con ningún acento peyorativo. Antes al contrario, una obra como ésta, con una vigencia tan,



diríamos, rabiosa, sólo podría ser producto de un profesional del periodismo, de un hombre que vive la actua-

UN NUEVO RENACIMIENTO Por Ray Bradbury

Era en Marte donde, hace quince años, Ray Bradbury hacía desembarcar cohortes de americanos medios: Sus «Crónicas marcianas» se han convertido en un clásico de la literatura de ciencia ficción. Ray Bradbury desconfía de la técnica, salvo cuando permite viajes interplanetarios: en Los Angeles no circula nunca más que en bicicleta. Esto no le impide reaccionar con vivo entusiasmo ante la conquista de la Luna, de cuyas consecuencias filosóficas y políticas habla a Catherine Dreyfus.

La conquista del espacio es el acto más importante que el hombre haya realizado nunca. Va a modificar todas nuestras ideas, todas nuestras concepciones filosóficas y religiosas. Pues conquistar el espacio es conquistar la inmortalidad, es tratar de vivir miles de años. Esto es lo que convierte a la aventura en algo apasionante, incluso mucho más de lo que han podido ser las de Hernán Cortés o Cristóbal Colón. Me explico. Cuando hayamos aterrizado en planetas situados a cuatro o cinco años luz unos de los otros, cuando nos hayamos implantado y creado una familia, nada podrá pasarnos. Nuestra raza puede apagarse aquí, pero sus descendientes sobrevivirán en otros planetas, gravitando alrededor de otros soles. Habremos escogido no dejarnos morir de frío aquí, con la

Tierra, si nuestro Sol explota. Habremos optado por no esperar a destruirnos nosotros mismos, como lo quiere la fuerza del mal que anida en nosotros. Ahora bien, no hay nada que pueda afectar más nuestras filosofías y nuestras religiones: todas van a transformarse ante el choque de esta realidad nueva —las cuales, por otra parte, están ya bastante perturbadas—. La gran cuestión que nos planteamos desde tiempos inmemoriales no es otra que ésta: ¿para qué la vida, si es preciso morir, si estamos condenados todos? La mayor parte de las religiones reposan sobre la creencia en la existencia de un "cielo". Pero todos estos mitos van a hundirse, porque, nosotros seremos el cielo! Hablo mucho más en serio de lo que el juego de palabras podría hacer creer. Natural-



mente, el mal que reside en nosotros lo llevaremos a otros planetas, como lo hacen los héroes de mis "Crónicas marcianas". Pero, sin embargo, yo creo que la exploración del espacio puede contribuir a fundirnos en una sola raza. He sido feliz al escuchar a Borman declarar en la televisión, antes del lanzamiento del "Apolo VIII", que él esperaba que los hombres se volvieran del espacio hacia la Tierra y, viendo esta pequeña bola de barro, se dieran cuenta de que han de afrontar el Universo. Efectivamente, sólo somos tres mil millones de humanos frente al Universo. Ya es hora de renunciar a nuestras miserables quereñas intestinas. Si la conquista del espacio nos lo permite, si consigue hacer derivar hacia ella las energías consagradas habitualmente a la guerra, será extraordinario. Diría incluso que es el acontecimiento más extraordinario que se hubiera producido nunca. Ahora nos corresponde a nosotros, los nuevos creadores de mitos, aglutinados alrededor de los viajeros del espacio, descubrir, profundizando, nuevas maneras de situarnos con respecto al Universo. La prueba será fecunda: desde hace algunos años se manifiesta una nueva y maravillosa efervescencia creadora. Las ideas que van a surgir serán de una potencia terrible e irresistible. Con el espacio nos encontramos, creo, en la víspera de un nuevo Renacimiento. ■ C. D.



rio denunció representó para él y su equipo una plataforma política de primer orden, y en función de la misma estableció su ataque. En todo caso, falta todavía por realizar una revisión completa y profunda, sobre bases documentales que aún no se poseen, de los tres grandes procesos de Moscú, para extraer de ellos todo su auténtico significado histórico, más allá de interpretaciones apresuradas. En este sentido, hemos de reconocer que la aportación de Pierre Broué resulta valiosísima, tanto por las actas que recoge como por la síntesis de las diversas críticas emitidas que ofrece al lector.

«FRUTO PROHIBIDO».—Luis López Álvarez, escritor español residente en París, acaba de publicar, en la colección «Antonio Machado», de «Índice», un libro de poemas —«Las querenzas»— que revela su dominio del soneto, ese «fruto prohibido», que ha dicho Miguel Ángel Asturias (precisamente a propósito de la aparición de este libro), seguramente pensando en la dificultad de un logro formal pleno, en este caso cumplido. Luis López Álvarez, todavía joven, es, sin embargo —valga la paradoja—, un veterano es-